

VICTOR COUSIN. EL JUEGO POLÍTICO
ENTRE LA FILOSOFÍA Y EL ESTADO;
de Patrice Vermeren,
Rosario, Editorial Homo Sapiens, 2009.
Mercedes Betria
Universidad Nacional de Rosario / CONICET

A fines de 2009 la editorial Homo Sapiens en su colección Estudios de Filosofía Política dirigida por Hugo Quiroga, publicó bajo los auspicios del Ministerio de Asuntos exteriores de Francia y el Servicio Cultural de la Embajada de Francia en Argentina *Victor Cousin. El juego político entre la filosofía y el Estado* de Patrice Vermeren, profesor de filosofía en la Universidad de Paris VIII.

Este libro es un significativo aporte a los estudios de historia intelectual del siglo XIX francés. Ubicado en la mejor tradición de los trabajos de Pierre Rosanvallon y Miguel Abensour, Vermeren hace una historia política de la filosofía rastreando los problemas conceptuales y políticos de la institucionalización de su enseñanza en Francia durante la primera parte del siglo, a través de la trayectoria político cultural de su gestor principal, Víctor Cousin.

Jefe de la filosofía oficial de la Monarquía de Julio, Cousin (1792-1867) fue profesor de filosofía en la Sorbona y la Escuela Normal; tras un amplio período de inhibición y censura de su Cátedra, retomó en 1828 sus cursos de historia de la filosofía en la Facultad de Letras de París desde

donde se autopublicaría como «filósofo distinguido»; en la renovada Academia de Ciencias Morales y Políticas, verdadera trinchera institucional, conquistó una posición preeminente y, desde allí, implementó los dispositivos de control de la filosofía a través de una cierta formación de los filósofos. Hasta el golpe de Estado de 1852, cuando optara por el retiro de la actividad pública, Cousin intentaría hacer del conjunto de sus cursos, editados y reeditados en varias oportunidades con sendos prólogos renovados, una verdadera doctrina espiritualista.

Aunque este objetivo parece no haberse cumplido. Por momentos, el estilo Cousin y los motivos del eclecticismo aparecen iluminados, más por las críticas que le hacen sus férreos opositores contemporáneos que por sus propuestas epistemológicas.

En efecto, con el nombre de «eclecticismo» Cousin refería un tipo de actividad filosófica que consistía en seleccionar de todas las doctrinas existentes, lo que tuvieran de verdadero, descartando lo falso, para hacer con ellas una síntesis.

Así, el eclecticismo se presentaba, ante todo, como una historia de la filosofía,

pues la tarea encomendada al filósofo era la de historiar y analizar las doctrinas existentes, más que crear nuevas.

En el fondo, el eclecticismo aparecía como la forma filosófica de liberalismo conservador que buscaba, a la manera de los doctrinarios, terminar con la actividad crítica y «destructiva» propia de la filosofía del siglo XVIII que, se pensaba, había logrado la Revolución Francesa pero fomentado también los excesos del Terror de 1793-1795.

Precisamente, Patrice Vermeren descubre que el eclecticismo contiene en sí una matriz política liberal: la del compromiso político. Este paradigma político, y no la evaluación de la coherencia del sistema filosófico en sí, es lo que le interesa interpretar a Vermeren, deteniéndose en los múltiples modos de funcionamiento del «dispositivo especulativo» que llevarían al eclecticismo, en última instancia, a legitimar el gobierno representativo del Estado liberal.

Cabe señalar, antes de que el lector se anticipe en base al título del libro, que el mismo no es una simple biografía ni un ensayo centrado exclusivamente en la obra escrita o el pensamiento de Cousin.

La originalidad de esta investigación reside en el hecho de que Patrice Vermeren reconstruye el «campo agónico» del debate intelectual en el que apareció y se hizo hegemónico en los claustros académicos y universitarios de la primera parte del siglo XIX francés, el eclecticismo, inventado como una filosofía para el orden post-re-

volucionario que, en los hechos, terminó convirtiéndose en el sostén filosófico oficial de la Monarquía parlamentaria de Julio y del moderno Estado liberal en formación.

El autor rastrea la genealogía de esta invención o construcción intelectual a partir de la trayectoria de su creador Victor Cousin y, fundamentalmente, a partir de su vinculación con otros intelectuales, franceses y alemanes, de los que se nos aportan datos sustanciales.

La mirada es compleja y múltiple. Está puesta no sólo en lo que dicen figuras imprescindibles de ese campo intelectual, que excede a «los eclécticos» como Cousin y sus discípulos Jouffroy, Damiron, Jules Simon, Jules Barthélemy de Saint Hilaire, sino que se extiende también a otros filósofos y publicistas como Maine de Biran, Madame de Staël y Francois Guizot que anteceden o contribuyen, por sus ideas similares, a la conformación y sostén del eclecticismo como una filosofía en el Estado.

Ese diálogo incluye, asimismo, un importante referente exterior con el que, y frente al cual, se armaría el relato del origen legítimo del eclecticismo en tanto espiritualismo: la filosofía idealista alemana de sus «amigos» Hegel y Schelling, de la que Cousin pretendió importar, en sus viajes al otro lado del Rin, su oscura profundidad erudita y su función de saber para la conservación del orden.

Por último, también los críticos del eclecticismo tienen un lugar importante en la constitución de este entramado

discursivo, especialmente, el socialista humanitario Pierre Leroux, el filósofo del derecho Eugène Lerminier, Joseph Ferrari y Proudhon.

Sobre este amplio campo intelectual donde tiene su aparición el eclecticismo, el análisis de Vermeren va dilucidando, amén de los aspectos históricos y conceptuales, los usos del lenguaje que le permiten descubrir la imposición de una política de la filosofía que tiene sus hitos en la formación académica de los filósofos; en el uso pretendidamente legítimo del lenguaje filosófico con el rechazo de otro calificado de «salvaje»; en la selección de los temas que deben ser leídos con confección de traducciones de ciertas obras de Platón y Aristóteles y el olvido de otras y en la escritura y reescritura de los múltiples prólogos que enseñan e indican cómo se debe leer.

Consecuente con este enfoque, el autor presenta al eclecticismo, no en sus aspectos lógicos internos sino, sobre todo, en el modo en que su creación implicó una lucha entre la rechazada herencia del sensualismo de los Ideólogos del siglo XVIII, que habían contribuido al sostenimiento filosófico de la Revolución Francesa, contra la búsqueda de Cousin y sus discípulos de una tradición que permitiera crear una sociedad post-revolucionaria, que garantizara las mejores conquistas de 1789 evitando sus excesos y superando sus pasiones destructivas, en una reconfiguración de la moral aportada por la filosofía

y en la restitución de los sentimientos comunitarios con el reconocimiento de una nueva religión laica.

Este proyecto fue emprendido desde arriba con la formación, en los Liceos, de una «aristocracia legítima» que asegurando una formación profesional con el acceso exclusivo a la filosofía para unos pocos garantizase, en lo político, el gobierno representativo de los capaces.

La filosofía de Cousin logró obtener un lugar hegemónico en el naciente Estado constitucional francés durante la primera mitad del siglo aunque sus ecos llegarán hasta el final del mismo con el advenimiento, en la Tercera República, de los funcionarios filósofos en los cargos más importantes del Estado.

En suma, es esta alianza, el juego político entre la filosofía y el Estado, la que Vermeren problematiza rastreando los orígenes de la filosofía institucionalizada en Francia; una historia de la filosofía como soporte legitimador del Estado liberal a partir de la Revolución de 1830 y la labor pedagógica de los funcionarios-filósofos formados al calor de esta peculiar política cousiniana de la filosofía.

Por último, cabe señalar que en esta primera traducción al español existen algunos errores de traducción y de edición, tal vez debido a los esfuerzos que requiere un libro tan vasto, no sólo por sus 426 páginas sino por la complejidad de sus argumentos y los numerosos datos históricos que lo hilvanan y que se sostienen en una exhaustiva

investigación en Archivos y Fondos oficiales de manuscritos y epistolarios inéditos.

Sin embargo, ninguno de estos errores, salvables en futuras reediciones, dificultan su actual y necesaria lectura. Felizmente, esta publicación se difunde en el año del Bicentenario donde los argentinos volvemos a repensar las vías materiales y simbólicas de la constitución de nuestra nación.

Este libro es un aporte ineludible para la restitución de una doctrina que, como señalara Arturo Andrés Roig¹, tuvo una importancia temprana en los intelectuales latinoamericanos y en generaciones que, como la romántica de 1837, contribuyeron a la tarea de pensar la nación a la luz, entre otras, de sus lecturas de Victor Cousin y de los doctrinarios liberales.

Consecuente con su propia práctica como filósofo francés, Patrice Vermeren pone en juego en su recorrido de esta compleja y rica genealogía intelectual, su propia historia y su entusiasmo de «philosophe soixante-huitard» protagonista de los debates y combates del Mayo Francés de 1968, cuando en la ruta abierta por Canguilhem, Deleuze y Foucault, los jóvenes filósofos (d)enunciaron las relaciones conflictivas en el entramado de la filosofía y la política, no simplemente para ponerla al servicio del pueblo sino, como expresa el autor en su prólogo, para develar, en todos los tiempos, al saber mismo en su pretensión de verdad.

¹ Arturo Andrés Roig, *Los Krausistas argentinos*, Buenos Aires, Ediciones El Andariego, 2006.